

parece uno de los mejores trabajos sobre el espacio agrario producido en España¹, *pedigrée* que garantiza que el producto sea de pura y de la mejor bellota científica. Como coautores aparecen Antonio Luis Díaz y Santiago Amaya, ambos ofician como antropólogos, que lo son, de nuestra Universidad. Al primero se le debe la parte correspondiente a las tierras calmas –las dedicadas a los cultivos herbáceos y a la oveja, también llamadas “tierras de labor”– viñas y huertos. Al segundo le corresponde la autoría de la parte referente al olivar, castañar, árboles maderables, así, entre otras cosas el apartado sobre el carbón vegetal.

Se trata de un trabajo meticuloso y metódico que olvida pocos aspectos del universo económico y cultural perteneciente a esa comarca. Pongamos como ejemplo que dedica un capítulo nada menos que al “endulzado de los cochinos”, ilustrándonos de sus efectos sobre los cochino/as. Sus fundamentos ideológicos parten de la consideración que tal tipo de erudición corresponde a que “el conocimiento de los sistemas tradicionales tiene en sí un interés para la ciencia, para la investigación básica... En este sentido tiene un valor universal –manifiestan los autores–. Pero además tiene un valor específico para los habitantes de la zona y un interés práctico e

inmediato. Por una parte, –aseguran– del conocimiento de la agricultura tradicional se pueden extraer saberes aplicables a diseños tecnológicos y de manejo de los recursos que contribuyen al mantenimiento y mejora de la actividad agraria y del empleo del campo. Por otra, la recuperación de la memoria colectiva acerca de la tierra, del trabajo en ella y de las relaciones sociales y de las formas culturales que se dieron en el pasado reciente tiene unas enormes potencialidades para la conformación de la comarca y para el establecimiento de redes y estructuras de relaciones que sirvan de soporte al desarrollo”. Queda claro, pues, que es un trabajo de etnología histórica. La etnología, a modo diferente de la etnografía que fundamentalmente recopila, promueve síntesis. En tal sentido es una magnífica investigación etnológica, aunque bajo una dimensión dominante de carácter pretérito.

Por mi parte, deseo agregar que nunca pensé que la dehesa extremeña diera de sí tanto y tan bien; ni siquiera para sus propietarios jurídicos.

Evidentemente, existen otros propietarios intelectuales como son Acosta, Díaz Aguilar y Amaya, para los cuales la dehesa, su dehesa, sigue siendo un inmejorable producto.

(Juan Maestre Alfonso)

ENRIQUE BALTANÁS: *La materia de Andalucía. El ciclo andaluz en las letras de los siglos XIX y XX*, Fundación José Manuel Lara, Sevilla, 2003 (359 págs.)

La materia de Andalucía –obra declarada finalista del Premio Manuel Alvar de Estudios Humanísticos 2003– es la síntesis de pensamientos surgidos como

consecuencia de las andaduras y compañías arriesgadas, que su autor, el doctor de filología y profesor de la Universidad de Sevilla, Enrique Baltanás, simpatizando con las herramientas de la sociología de la literatura y del lenguaje, encontró en el camino de su confrontación intelectual con algunas de las supuestas evidencias del llamado *hecho andaluz*. No se trata de un estudio sobre literatura regional, sino de un análisis

sis de la estructura y el desarrollo histórico de la literatura *sobre* Andalucía, de la materia literaria producida a lo largo de los dos últimos siglos. Ya hubo señales de eso en sus escritos anteriores, por ejemplo *Las Columnas de Hércules*, un breve ensayo, donde no tuvo reparo en cargar ideas novedosas –por lo menos si pensamos en los debates locales o regionales– contra los defensores de aquel andalucismo que confunde la constitución política de la sociedad con un esencialismo anacrónico, hueco y agotador, procedente de las primeras décadas del siglo XIX. En fin, *La materia de Andalucía* es la respuesta más contundente –es decir: menos personal, más fundada en el pensamiento crítico español– a las dudas y críticas que el autor pudo suscitar con su ensayo polémico anterior. Ahora, con la presente obra, el profesional de las letras y de la literatura responde con argumentos mucho más sólidos e irrefutables. Comprende, revela y ataca. Se enfrenta, por ejemplo, a ilustres personajes como Ortega y hasta a Lorca, criticando el elitismo del primero y el esteticismo del segundo, en fin: la superficialidad de sus visiones de Andalucía, tanto desde fuera como desde dentro.

A pesar del tono polémico, el autor presenta sus reflexiones como una invitación razonada al debate. Por esta razón es de esperar que no reciba la falsa benevolencia de aquellos que creen que la mejor manera de acallar la voz crítica de alguien es la de abrazar su obra.

En vista del actual debate político en torno a la futura constelación autonómica, salpicado por nacionalismos, tanto el “excluyente” como el “constitucional”, *La materia de Andalucía* es una reflexión nada impropia o desproporcionada. Todo nacionalismo –recuerda el autor– incluye siempre una

buena dosis de hipocresía que no sólo confunde la conciencia con la identidad como hecho diferencial y singular, sino que –como destaca– la definición del YO con la exclusión del OTRO. Ante este telón ideológico, Baltanás se enfrenta a la materia literaria de Andalucía, a una materia producida y creada por el ejército romántico durante más de un siglo y refinado por el modernismo. Los tópicos que esta literatura generó y utilizó tienen, pues, una considerable autoridad literaria y cultural. ¿Es Baltanás capaz de enfrentarse a toda una ilustre corriente de intelectuales, escritores y poetas sin provocar el rechazo de los que a partir de ahora le van a considerar como un traidor de la magia de “lo nuestro”? No será fácil, porque los argumentos que presenta no sólo son extensos, sino también profundos, pensados y bien formulados.

Se trata de un texto escrito por un filólogo, pero el “material” (el objeto de estudio) elegido exigió al autor un acercamiento peculiarmente deconstructivista en el sentido de Derrida (es decir, en última instancia marxista) y –de esta manera– abierto al discurso pluridisciplinar. Efectivamente, Baltanás puede demostrar cómo las premisas supuestamente lógicas de lo que podríamos llamar el *hecho cultural andaluz* incluyen una tendencia manifiesta hacia una serie de paradojas indescifrables, llamados por él como “nudo ideológico y literario”. Su mirada parte de la observación generalizada de que las palabras no son la realidad, sino forman parte de ella, y de este modo aparecen como realidad peculiar, diferente de otra. En concordancia con su metodología consigue convencer al lector en el caso concreto del andalucismo literario que cualquier fundamentación ontológica mediante un *significado* transcendental (esa mítica “Andalucía nuestra”: sobrenatural, esfé-

rica, abstracta y engañosa) se ve minada por el *significando* material, es decir, la realidad material misma y el cambio al que está sometida. De este modo, el significando se convierte en el verdadero objeto del análisis, mientras que el significado (la dimensión literaria) pasa a ser “deconstruida” al revelar y problematizar su función ideológica. Como consecuencia de este procedimiento, el análisis literario queda transformado en objeto del análisis sociológico: al ser confrontado con la realidad material, la materia idealizada se desvanece, aparece la textura especulativa del significado y permite orientar la vista en la realidad misma. Baltanás empleó esta vía metodológica por lo menos en tres aspectos:

En **primer lugar**: El autor se acerca a la materia mediante categorías de corte postestructuralista. Si bien es verdad que el postestructuralismo surgió hace tiempo en el marco de la crítica literaria y la lingüística, merece especial atención el hecho de que el filólogo lo aplicase en consonancia con el lenguaje sociológico y respectivamente la sociología del conocimiento: la “materia de Andalucía” es definida como una *construcción social, simbólica, literaria*, es decir, como una *interpretación de la realidad*, no como la realidad y tampoco como su fiel reflejo. Se trata, pues, de una realidad construida, de palabras, ideas, significados, símbolos, una realidad derivada, interna, impuesta a la realidad ajena, externa: la “idea de Andalucía” no es Andalucía, pero pertenece a la realidad de Andalucía. Por esto, hay que analizarla como objeto propio, como “hecho social” autónomo, como uno entre otros presupuestos de lo que es la realidad de Andalucía. Sólo si se sabe distinguir el mito de la realidad, la materia de Andalucía y la Andalucía material, se puede comprender el papel del mito en la constitución histórico-cultural de la región.

Recordando una metáfora explicativa del filósofo francés Jean Baudrillard, podríamos decir que la “materia de Andalucía” pertenece a una *realidad virtual*, es decir, se trata de un *simulacro* de la realidad real que permite convertir lo virtual en lo real. Recuerdo que en mi “Sociología del cante flamenco” hablé del paradójico proceso del agitanamiento de los gitanos como la consecuencia de la imitación de los personajes literarios creados por el costumbrismo. Baltanás habla de la idea hecha realidad, del espacio literario convertido en escenario, es decir, del contenido ideológico de los sainetes y tonadillas, o de las zarzuelas del XIX, comprendido todo esto por el público como una *reality show* de la Andalucía “castiza” bajo la dirección del *Gran Hermano* de entonces, y a la que los aficionados respondieron con la imitación y, de este modo, con la reproducción de la ficción, con el simulacro de una realidad más real que la realidad, con el redoblamiento de una realidad distinta, con la construcción de la realidad virtual que sirvió como modelo a la realidad verdadera. Podríamos añadir que todo arte sigue principalmente esta línea de ficción, y el autor no está equivocado al decir que la materia literaria de Andalucía no reproduce imágenes, que no es un reflejo de lo dado, sino una narrativa sobre las imágenes que aporta una realidad más. Lo que distingue la literatura de la ciencia es, pues, que la literatura crea una narrativa de lo real que la ciencia somete al análisis al diferenciar entre la realidad objetiva y la subjetiva de la narración. Son realidades diferentes, en yuxtaposición.

En **segundo lugar**: El autor habla de la “materia de Andalucía” como producto del tratamiento de una serie de “elementos constitutivos” (el espacio, el tiempo, los personajes, los argumentos, la retórica), cuyos significados, interpretacio-

nes y combinaciones varían según el autor, aunque se mantiene la tendencia básica, que es la visión romántica del mundo. Se trata de analizar estos elementos y de este modo el texto se basa en capítulos dedicados al análisis de la realidad virtual construida con la ayuda de estos elementos. El ciclo andaluz comenzó, pues, en las primeras décadas del siglo XIX, no sólo en España, sino en muchos países europeos que, por motivos concretos, tuvieron su mirada fijada en una España misteriosa, exótica, caballaresca, morisca y gitana.

Después de la mirada fría de los ilustrados neoclásicos que viajaron por la Península para completar sus Enciclopedias, surgió la mirada romántica como fruto de la proyección y la nostalgia, del fervor por los tópicos. Surgió, sobre todo, fuera de España, pero aquí encontró todo un pueblo dispuesto a acercarse a los tópicos, siempre que su escenificación sirviese para sobrevivir de alguna manera: estamos ante la Sevilla hecha zarzuela. Esta nueva mirada sería el germen y elemento constitutivo de toda una literatura española moderna: “el Norte es el infierno ganado; el Sur, el paraíso perdido”, en palabras del autor. La mayoría de los románticos buscó el paraíso perdido, el del pasado idealizado, al recorrer los paisajes andaluces. Algunos volvieron desilusionados –como por ejemplo Gautier– después de darse cuenta que habían buscado un mundo inexistente. Otros vieron realmente lo que querían ver. Todos ellos querían ver a “su” Andalucía imaginada e imaginaria, y la narración sobre el país no sólo tuvo gran influencia sobre ellos, sino que sus expectativas determinaron su narración y la de otros. Fruto de esta confusión es toda una “selva de terminología literaria”, como escribe el autor. Tanto los nostálgicos como los liberales quedaron atrapados en ella de alguna manera y es imprescindible su-

brayar que todos ellos vieron a Andalucía de manera interesada: para Lorca los gitanos fueron un simple tema para expresarse como poeta. De ahí la doble conciencia de muchos flamencos que se resume en la declaración: “flamencos sí, gitanos no”, o la hipocresía que se manifiesta al considerar a Andalucía como lugar donde habita un pueblo hospitalario por experiencia histórica y “esencia racial”, al tiempo que se practica de modo muy significativo y alarmante el rechazo generalizado contra los inmigrantes magrebíes, convertidos de manera humillante y despectiva en “moros”. Literatura y realidad: objetos del análisis crítico, aquí hay que situar a Baltanás si se habla de su trayectoria como intelectual andaluz.

Así: el “ciclo” se revela como el fiel acompañante de la realidad andaluza donde el mito cumple con su función metafísica: mediante la reinención y la revalorización perpetua de los tópicos incluidos en los elementos constitutivos que forman la materia de Andalucía, dando lugar, de este modo, al mantenimiento del mito, de la telenovela, alimento ideológico pobre del consumismo cultural actual, de la leyenda rosa.

En tercer lugar: El presente ensayo es un producto cruzado, híbrido, donde la literatura se convierte en objeto del análisis crítico, acercándose a la sociología del lenguaje y de la literatura. Los textos que forman el “material” son una manifestación estética en la que la realidad objetiva sólo sirve como punto de partida para crear una realidad subjetiva, la de los autores (y, a veces, en consonancia con las expectativas de los lectores). La labor de Baltanás consistió en someter el “material”, sus “elementos constitutivos” y su desarrollo a lo largo del “ciclo”, al análisis para así destacar dos aspectos elementales de la creación: la interpretación racional–consciente, es decir,

la semántica por un lado y las proyecciones del autor por otro, procedentes de su mundo interior, irracional–inconsciente, pero que abarcan una serie de significados latentes, indirectos, surgidos como frutos de la represión de los sentimientos e impulsos, de la experiencia dolorosa de la realidad objetiva, su cara inversa, escondida, pero presente. Al tratar constantemente el tema del romanticismo como actitud estética basada en la nostalgia del paraíso perdido, el autor intenta entrar por esa puerta, para acercarse a aquella dimensión de la materia de Andalucía, tejida de los deseos más íntimos y mantenida en los sueños. Ahora bien, el “ciclo”, formado por escritores e intelectuales tanto románticos como modernos, ha encontrado su fin, escribe Baltanás: pertenece ya al pasado, es historia, y sólo nos queda la posibilidad de visitarla como tal, desde la distancia. Sin duda, deberíamos precisar: esta actitud característica de la postmodernidad, con su afán por lo individual, confundido como “fuente” de lo supuestamente auténtico, es precisamente el argumento que nos permite suponer la continuidad de la mirada nostálgica y, con ella, del mito en el futuro.

La reflexión del autor sobre el estado literario–ideológico de Andalucía es una revelación crítica, un disolvente racional que no busca las respuestas ni en la realidad ni en los tópicos, sino en el proceso de la transformación de la realidad en el topos, en la ideología. *La Materia de Andalucía* no se refiere simplemente a la narración de lo imaginario, a la “Andalucía eterna”. Su intención no consiste en rechazar esta Andalucía como entidad abstracta, sino en concretizarla como un eslabón de significados creados, recreados y mantenidos mediante la producción literaria de aquellos estereotipos y tópicos que sirvieron y siguen sirviendo a los

autores del ciclo para expresar su peculiar relación subjetiva con la realidad exterior idealizada y distorsionada. De este modo, la literatura se convierte en una apropiación simbólica de la realidad para aportar, a su manera peculiar, a la superestructura ideológica. Como escribió Marx hace más de un siglo y medio: es en el proceso de producción donde los hombres establecen sus principales relaciones sociales y desarrollan su conciencia al mismo tiempo que las ilusiones sobre la realidad, aquellas ideas invertidas, imágenes producidas por la cámara oscura que esconde el funcionamiento deformador de los intereses económicos y políticos, del conservadurismo y de la nostalgia. La verdadera *materia de Andalucía* es, pues, una doble: una real y otra real invertida, proyectada, para camuflar las contradicciones sociales reales de acuerdo con los intereses de los que se benefician, para disimular las fricciones, para desviar la vista y, como consecuencia de ello, frenar el progreso como proyecto ilustrado, la “segunda modernización”.

“La realidad necesita de la ficción, pero no es la ficción”, nos dice Baltanás al final de su libro, para añadir que no ha sido su intención seguir los pasos de la ficción literaria convertida en discurso ideológico. Pero, en vista tanto de la mediación social del lenguaje y de la literatura como de la mediación lingüística y literaria de la sociedad, nos preguntamos: ¿puede haber un mito exclusivamente literario? ¿No surge el mito como consecuencia de una realidad donde se sirve de la literatura para expresar su razón de ser, una razón que encontramos en la constitución de la realidad social concreta? ¿Podemos realmente comprender el mito sin revelar –y cambiar– la realidad que encubre?

(Gerhard Steingress)

MIGUEL ROIZ: *La sociedad persuasora. Control cultural y comunicación de masas*, Paidós, Barcelona, 2002 (281 págs.)

De acuerdo con la propia manifestación del autor de este libro, se trata de presentar los contenidos de los medios de comunicación desde un punto de vista crítico, a la par que se efectúa un replanteamiento de la sociología de la comunicación de masas. Su hipótesis principal es que los contenidos crean y moldean el control cultural que ejercen los medios y, participando de una de las opiniones más conocidas de Manuel Castell, que cada vez se utiliza menos para mantener el orden social capitalista –liberal (yo, por mi parte, opino que también los “otros”)– las formas institucionales de violencia, pensando “convencer” –*persuadir* es el término que emplea Roiz– mediante la aplicación de técnicas y procedimientos directamente derivados de los medios de control cultural y control de masas.

Con este horizonte como pretensión, Miguel Roiz pasa revista a las diversas corrientes que desde la perspectiva sociológica (y también psicológica) han tratado este tema, deteniéndose, consecuente, en los autores que integraron la Escuela de Frankfurt, más tarde y ya desde Estados Unidos llamada “crítica”, y los componentes de la destacable panoplia de sociólogos franceses que se preocuparon por señalar el papel y los efectos que sobre la sociedad de la abundancia y de las libertades públicas ejercían los medios de comunicación. Es lógico que Roiz ponga énfasis en esos dos puntales de la crítica a la sociedad capitalista y hasta de la anticapitalista –Marcuse, Adorno, Fromm...–. Y es lógico por un doble motivo. Por un lado, porque teniendo en cuenta la importan-

cia cuantitativa y cualitativa de ambas escuelas tal proceder no puede ser más correcto. Y en segundo lugar, por la característica de “paleo-Mayo” que Miguel Roiz posee, como igualmente bastantes de los sociólogos previos a la institucionalización de la sociología en España.

No obstante, el autor abarca el amplio abanico de teorías sociológicas que se han interesado por la comunicación y sus efectos: de Ross y Thomas a Ellul, Van Dijk o Sartori, pasando por la opinión de grandes vacas sagradas de la sociología como Parsons y Merton.

La sociedad persuasora no es un libro de texto. Habrá quien lo estime como un defecto y otros como una virtud. Tampoco es el clásico ensayo. Se encuentra a mitad camino entre lo uno y lo otro. Constituye un conjunto de páginas magníficamente escritas en las que con una habilidad sorprendente para sintetizar y resumir el amplio campo temático de la comunicación, Miguel Roiz logra no sólo introducirnos, sino también darnos a conocer, sincrónica y diacrónicamente, como ha llegado y hasta donde va la sociedad de la información.

La cualidad de “persuasora” se va manifestando en la primacía del consumo y por consiguiente en el ciudadano consumidor, el omnímodo poder de los medios, la situación de la opinión pública, la publicidad seductora, la industria cultural, la del espectáculo, etc. No cabe duda que Roiz es también un gran persuasor. Aunque en varias ocasiones nos aclara que persuasión no es manipulación, a través de su lectura nos vemos cercanos, si no sumidos, en la manipulación de los medios de comunicación.

Si hay que echar algo en falta en este libro, es su carencia en cuanto a señalar los efectos positivos que también se en-

cuentran en todos esos procesos. Por otro lado, creo que actualmente se tiene que reconocer que a pesar de todos los “pesares” –que no niego y sí confirmo– somos más libres que nunca, como también más ricos culturalmente, y que el protagonismo de la opinión pública, aunque limitado, es importante y creciente.

No estoy de acuerdo con la opinión de Roiz de que en la sociedad persuasora “el individuo se encuentra siempre localizado y no tiene escapatoria posible”. Tampoco creo que se haya “suprimido de un plumazo” la posibilidad de libertad y la autonomía de las masas para crear opinión o para expresarla en el espacio público. 1984 no ha existido más que en el calendario. Los grandes mecanismos propagandísticos que han construido terribles dictaduras se han desplorado como un castillo de naipes en el momento en que ha desaparecido de la escena el terror de la fuerza y la fuerza del terror. Un “tigre de papel”, decía Mao del imperialismo, y realmente “tigres de papel” han sido los aparatos ideológicos de esos sistemas en los que se incluía la opresiva persuasión de la maquinaria propagandística.

En otro orden de cosas, por mucho que nos disguste a algunos, tendremos que admitir que la tiranía de la moda, el consumo y el espectáculo en y con sus características actuales..., aún cuando aparezcan estimulados, constituyen expectativas sociales profundamente enraizadas en la globalizada cultura vigente y en el tipo de personalidad básica emergente de ella. Se me antoja que entre lo que podríamos designar “modo de producción persuasor” y el conjunto social existe una especie de *feedback*. Se le estimula, pero de acuerdo con las demandas sociales. Y se aceptan sus consecuencias con auténtico “gustirín”, como si de un masaje se tratara, aquello que le ofrecen a través de las técnicas persuasoras. *Desolé*, que dicen los franceses. Lamento llegar a esta conclusión y espero que Roiz, o cualquier otro me convenza –en realidad me reconvenzan– de lo contrario.

Una gozada de libro, no sólo por lo que enseña, pues se aprende mucho y bien, sino porque también nos posibilita la reflexión y el enfrentamiento dialéctico con el autor.

(Juan Maestre Alfonso)

ANTONIO GARCÍA BENÍTEZ: *Virgenes, fraternías y banderías*, Padilla Libros, Sevilla, 2002 (256 págs.)

Las fronteras entre sociología, antropología social o cultural –a gusto del productor– y psicología social son más bien difusas. Sujeto, objeto e instrumental técnico es lo que hace desplazar una investigación o estudio para situarla en alguno de estos campos disciplinarios. La sociología centra su interés en los fenómenos derivados de la sociedad industrial, se pivota principalmente en las

estructuras sociales y utiliza primordialmente técnicas cuantitativas, con la encuesta como reina. Los antropólogos se interesan por las llamadas sociedades tradicionales o *folk*; la pieza central de sus argumentaciones es la cultura y emplean técnicas, por supuesto también “predominantemente”, cualitativas, entre las que destaca la observación participante a la que precisamente, y por algo será, se la ha designado como “método antropológico”.

Pues, de acuerdo con estas coordenadas, *Virgenes, fraternías y banderías* se sitúa en